

FICCIONES

SÓLO EL VIENTO

POR

LISANDRO CIAMPAGNA

*¡Corazón! Calma un instante y
aclaremos el misterio...
-Es el viento - ¡y nada más!
Edgar Allan Poe*

Cuando era chico mi hermano era mi héroe. Tenía varias razones para serlo.

En primer lugar era cinco años mayor que yo, alrededor de mil años en tiempo infantil. En segundo lugar, me trataba bien. Era casi casi tan grande como mis padres y nunca abusó de su poder.

Hay reglas fraternales que todo el mundo conoce. La principal dice: "El mayor manda, el menor puede intentar rebelarse". Siendo cinco años más grande tenía el derecho socialmente sancionado de decirme plomo, meterse en mi cuarto, quitarme la comida del plato o tiranizar el control remoto. Sin embargo, no lo hacía.

No era un santo. Su cuarto era territorio sagrado y si intentaba meterme terminaba en el piso con un par de moretones. Se reservaba la cocina para estar con los amigos del colegio y tenía prioridad en los juegos de la computadora. Pero, en general, me trataba bien.

Si se lo pedían mis padres, me ayudaba con la tarea. Me cubría cuando me mandaba alguna macana y me convidaba algo de sus golosinas.

Además, y esto es importante, era valiente. A mi hermano no le daba miedo nada.

Fue él, quien me convenció de que no había que tenerle miedo a la oscuridad, quedándose a dormir una noche en mi cuarto, con una bolsa de dormir roja que le habían comprado para un campamento.

Esa fue, creo, una de sus mayores hazañas. Enseñarle a un pibe de siete que la oscuridad no da miedo, no es fácil. Pero él era todavía chico y por ese motivo entendía la clave.

Lo que los adultos no entienden es que la mayoría de los chicos ya sabemos que no existen los monstruos. Uno sabe que los fantasmas no pueden salir de ningún lado cuando se apagan las luces. Ni del placard abierto, ni del rincón más oscuro debajo de la cama, ni de ningún lado. Porque uno sabe que no existen.

Vos lo sabés, pero tus ojos no. Los ojos insisten en mostrártelos en las sombras de la habitación, por el rabillo del ojo, en el reflejo del reloj sobre la mesa y, sobre todo, en la oscuridad detrás de los párpados.

Mi hermano entendía esta realidad e hizo lo más inteligente. Me demostró que los fantasmas no pueden lastimar, sólo te asustan. Lo hizo quedándose toda la noche a dormir, con la luz apagada, en mi cuarto. A la mañana siguiente

ya no tenía miedo a la oscuridad y él pudo recordarme que, en última instancia, los fantasmas no existen.

Lo que pasó con los fantasmas y la oscuridad, pasó con todo. Me enseñó a subirme hasta la punta de la escalera, me acompañó a mis primeras inyecciones y gritó poco cuando lo inyectaron a él, y me enseñó a ver películas de miedo.

Él se ocupó de todo, porque mis padres trabajaban hasta tarde todos los días porque ambos eran médicos.

Por supuesto, mi hermano no era perfecto. A veces me metía en su cuarto y entonces nos peleábamos. En esas luchas yo siempre terminaba en el piso y él acababa sentado encima de mi espalda para que no me olvidara de quién era el hermano mayor. A veces me decía enano o me mandaba a mi cuarto cuando venían los amigos a tomar la leche y yo tenía que hacerle caso porque era el enano menor.

Pero igualmente estaba bien. Porque mi hermano era mi héroe, que no le tenía mie-

do a nada... excepto a la baulera.

El edificio donde vivimos tiene una baulera común para todos los departamentos en el subsuelo. La escalera es vieja y está mal iluminada. La poca luz que hay, la dan unas cuantas bombillas que cuelgan de cables en el techo y que se mueven con las corrientes de viento en invierno. Nadie sabe de dónde vienen las corrientes porque no hay ventanas. En cambio, hay muchos tubos de gas que dan un calor infernal y que parecen arterias sobre el concreto y las paredes.

La puerta de la baulera es de metal y siempre está cerrada con llave. Mis padres me decían que era para que nadie de fuera de la casa se robara nada, pero yo no lo creía.

Adentro estaba llena de jaulas o "cubículos" como les decía mi papá. Eran grandes jaulas de metal y alambre enrejado cerradas con candados pesados en las cuales se amontonaban los objetos más inverosímiles. Cajas de adornos de Navidad, cajas de zapatos que

no tenían nada o que tenían juguetes, libros abandonados en viejas ollas de cocina, bicicletas y triciclos rotos y muñecos que te veían por el agujero que había dejado la pérdida de un ojo plástico. Todo amontonado hasta el cielo raso, casi tan alto como el cielo de verdad, y cubierto de una gruesa capa de polvo.

Mis padres daban a las jaulas y los candados la misma explicación que a la puerta metálica siempre cerrada: "Es para que no entren ladrones, cielo" o "Si no, viene cualquiera y desaparece todo".

Yo no lo creía. Me parecía que la idea era que las cosas no salieran de la baulera.

Una vez, le expliqué mi teoría a mi hermano y él me dijo que me equivocaba:

"A mí me lo explicó Armando (nuestro portero). Las cosas ahí adentro se pierden. Una vez me contó un caso raro. Un año, una familia del sexto puso los adornos de Navidad en la punta de su pila de cajas. Cuando fueron a buscarlos el siguiente diciembre, no la

podían encontrar. La familia completa, los padres y los chicos, se pusieron a revolver y no pudieron encontrarla. Tuviron que llamar a Armando y dar vuelta toda la pila. Al final, encontraron la caja en el fondo de todo.

Lo mismo pasa con todo lo que entra ahí. Las cosas empiezan a dar vueltas en sus jaulas y, si estuvieran sueltas, terminarían haciendo un revoltijo bárbaro y nadie encontraría nada".

Eso me lo explicó cuando teníamos 7 y 12 años respectivamente. Fue la única vez que lo vi asustado en serio, porque me lo contó en voz baja un día que mis padres no estaban. Me lo contó con la cara pálida y las manos temblorosas. Y lo que me dijo después me asustó más. Porque él había agregado algo a la historia.

Pero nuestros padres negaban su teoría tanto como la mía. Las cosas se revolvían porque la gente revolvía y para que los ladrones no revolvieran debían tener las jaulas y la puerta cerradas. Era so-

lamente eso y no había ningún motivo para tener miedo.

Pero igualmente nos decían que no bajáramos solos.

—Hay muchas cosas ahí abajo, mirá si encontrás algo filoso y te cortás.

—Fíjate que los cables son viejos y si se corta la luz te morirás de susto.

—Hay muchas cosas pesadas y ustedes son muy chiquitos para traerlas.

—Porque lo digo yo y San-se acabó.

Y con esas razones, siempre bajábamos con papá o mamá o con los dos. Pero eso último no pasaba mucho porque todavía le teníamos miedo.

Sin embargo, yo era curioso y quería averiguar si la historia de mi hermano era cierta. No quería arriesgarme a bajar para confirmarla, así que decidí hablar con Armando.

Era verano y yo tenía nueve años, por lo que podía salir de día a comprar caramelos o hasta el video club de la esquina o a hacer algún mandadito acá cerca.

Una tarde de sábado aproveché una de esas bajadas y me enfrenté a Armando.

El portero de nuestro edificio es alto y delgado. Es calvo y tiene una enorme y arrugada frente del color del cuero curtido al sol. Sus arrugas son curtidas y duras, como las venas que se remarcan en sus manos huesudas pero fuertes. Siempre que lo veo tengo la impresión de enfrentarme ante un viejo ídolo indio o una momia azteca.

Sin embargo, Armando no es malo. Abre la puerta de calle a todos los vecinos y nunca deja pasar a los extraños. Lava la vereda con la manguera y tiene tratos con los cartoneros para que no rompan las bolsas que tira todas las noches sin hacer ruido. Vive solo y viudo en un departamento en el último piso. No hace ruido ni molesta a los que van a tomar el sol a la terraza.

No se escucha la televisión en su casa y nunca habla con nadie a menos que uno le pregunte algo. Eso fue lo que hice aquella tarde cuando tenía

nueve años y hablé por primera vez con el encargado.

—La baulera es muy vieja, pibe —me dijo cuando le pregunté por la historia de mi hermano—. Es más vieja que vos, que tu hermano, que tus padres y el edificio. Acá había un palacete de familia española. Uno de esos palacetes de tres o cuatro pisos, muy grande y elegante.

Cuando construyeron el edificio, lo barrieron completo. Las habitaciones, los baños, los cuartos, las paredes, las columnas. Todo se fue a la mierda. Lo único que dejaron más o menos intacto fue el agujero del sótano que se convirtió en la baulera. Le agregaron cimientos más grandes para hacer un edificio más alto. Tuvieron que cavar mucho y luego agregaron estos caños que te dan un calor insufrible. Pero sigue siendo el mismo sótano viejo en esencia. Todo lo de arriba cambió, el sótano no.

Yo creía que debía haber algo mágico en aquel sótano. Alguna muerte misteriosa, algún ritual.

—No hacen falta muertos extraños, pibe. El lugar ya vio su buena cuota de muertos naturales igual que yo.

Lo que importa es que es un lugar viejo. Las cosas viejas empiezan a tener historias, empiezan a tener ideas... y no siempre son buenas.

No quise saber más. No le conté a nadie acerca de mi charla con Armando. Mis papás no hubieran entendido, y mi hermano no necesitaba saber nada de ella. Él sabía lo que hacía falta saber, igual que yo. Ambos teníamos miedo.

Pero cuando cumplí diez años y, más tarde, cuando él cumplió quince... a mi hermano le dejó de dar miedo. O por lo menos eso me decía, porque insistía en que no tenía que asustarme.

—No pasa nada, che. Son cosas viejas y hay algo de polvo, pero no hay nada más.

Ya no era tan convincente como antes. Ya no demostraba. Trataba de explicar.

Y cada vez que teníamos que bajar por alguna cosa como "el ventilador Turbo chiquito",

"las macetas blancas", "esa bolsa de tierra para las macetas", "la vieja reposera anaranjada del verano"... él me tenía que tirar del brazo para que yo lo acompañara.

Y cuando nos parábamos frente a la escalera, él me repetía todas las explicaciones maternas, luego, las paternales y, al final, invocaba a San-se-acabó para que lo acompañara hasta abajo. Sólo cuando invocaba al Santo aceptaba hacerle caso.

Pero un día pasó algo distinto. Era invierno y no teníamos que buscar nada. Mamá nos había encargado que bajáramos el viejo Turbo y unas reposeras. Era tarde y era miércoles, y ni papá ni mamá querían esperar hasta el fin de semana.

Estábamos abajo, frente a las escaleras, y yo no quería bajar. Tenía diez años y estaba oscuro. Soplaban un viento loco y hacía un ruido raro a través de las escaleras, y hacía un calor de morir ahí abajo.

Mi hermano utilizó las fórmulas adultas y estuvo a pun-

to de invocar a San-se-acabó. Pero se acordó de que era mi hermano y de las tácticas más eficientes de la hermandad.

—Ma sí. Vos, quedate acá, enano, que vas a ver que no pasa nada. Yo bajo solo y en un minutito salgo y te convencés.

Entonces, se cargó la silla al hombro y bajó hasta el fondo. Subió para buscar el Turbo y volvió a bajar. Yo me quedé esperándolo.

No oí ningún grito, ni ruidos extraños. Sólo el viento que aullaba con más fuerza al atravesar la puerta abierta. Creo que me quedé esperando una hora, mientras los vecinos pasaban a mi lado al salir o al entrar al edificio.

Mi hermano era el que tenía las llaves de la casa así que me quedé ahí esperando hasta que llegase alguien. Mi mamá fue la primera en hacerlo y fue la primera en bajar asustada.

Luego bajó mucha gente, incluyendo un par de policías que alguien llamó y una bue-

na tanda de vecinos. Todos salieron preocupados.

Mis padres, extrañamente nunca me dijeron nada. Mamá empezó a llorar todo el tiempo y papá empezó a llegar tarde y con olor a alcohol. Yo me tuve que ir a pasar unas semanas con mis abuelos por un tiempo, pero al final volvimos a vivir todos en el departamento. No como antes, pero estuvo bien.

Excepto cuando había que bajar a buscar o a guardar algo.

Siempre hemos bajado en grupos desde entonces y nunca ha pasado nada. No hay nada abajo. Todos lo sabemos, incluso yo que ya tengo quince años. Pero a veces veo algo en el agujero de alguna muñeca, en la sombra que da una lámpara vieja o en el movimiento que noto detrás de una montaña de cajas. Un algo que asusta y que tal vez pueda hacer algo más.

Antes, cada vez que sentía a mi hermano, no tenía miedo. Ahora, sí que lo tengo.

RELATOS MÍNIMOS

POR

EDUARDO DAYAN

Desanimados por la capacitación que ofrecen las Autoridades Educativas a cambio de acrecentar el puntaje, los docentes ensayan diversos artiliugios para sobrevivir a la vaciedad de los cursos: elongaciones, ejercicios rotatorios de cabeza en el sentido de las agujas del reloj y viceversa, estiramiento de los dedos de la mano, posiciones de Flor de Loto, flexiones, buceos interiores, puesta en punto muerto de las emociones. Lentamente se va abriendo en los grupos la idea de un concurso de inteligencia entre los asistentes. La ganadora sería *La Chica Que Más Promete*. El responsable del área educativa, sensible ante las inquietudes de los cursantes, fogoneados por algunos gremios, se com-

promete a gestionar ante quien corresponda la acreditación de un adicional de algunos centésimos para las tres primeras ganadoras. Para la primera, multiplicado por 3,1416. Para todas, título y medalla en acto público y un equivalente en libros del costo en surtidor de 20 litros de nafta común. Las astucias de los competentes consejeros de la Educación logran en tiempo récord su objetivo y más. Un *memo* que corre a la velocidad de la luz hace saber a la comunidad educativa que durante el año de reinado, la triunfadora cobrará un adicional equivalente al sueldo de un maestro de grado de jornada simple. La elección es dura, incluso hay balotaje. Los medios hablan de aprietes, com-

pra de votos, fraude, conspiración, mafias, triquiñuelas. La Justicia va hasta las últimas consecuencias y avala el resultado. La ganadora se muestra satisfecha, afirma que su mayor defecto es la sinceridad, que sus expectativas de logro han sido superadas por un resultado que muestra a las claras una tarea de equipo, que los chicos no leen. Esta última afirmación desata variadas controversias que incluyen referencias a Gutenberg e Internet y la catequización a los rectores de los medios de comunicación. El comicio se institucionaliza y se vuelve bienal. Al poco tiempo, la primera ganadora dirige la Escuela de Capacitación Docente. En esencia, muchos cambios no promueve, salvo la obligatoriedad del uso explícito de los infinitivos en los verbos que se refieran a los objetivos, la difusión masiva de mapas conceptuales en cuatro cuentos de Jorge Luis Borges, de difusión gratuita para los internos de hospicios, cárceles y geriátricos. Los cursos se ven aho-

ra atiborrados de participantes y se habla de multiplicarlos, de gestionar una pensión graciable para las finalistas. Los profesores varones se han agremiado y ya hablan de discriminación de género, sexismo, clase y grupo social, inclusive de la antropometría del crecimiento somático. La polémica está instalada en la sociedad y los opinólogos frecuentan cartas de lectores, radios, bares y confiterías, Salas de profesores, Salas de Espera de Damas en las cabeceras de los ferrocarriles.

*

Betty tiene muy buena memoria y recuerda. Yo, de vicio, quiero recuperar el relato, llevar adentro de mí algo de su interior. Cuenta que se fue de Entre Ríos, apañada por una inglesa que le vio dotes para el servicio doméstico. En Buenos Aires, con quince y de mandil en Plaza Italia, fue presa codiciada de soldados y de solitarios con hambre atrasada. De esa época guarda todavía fotos en las que ella está con

alguien. Al fondo, siempre galopa la estatua de Garibaldi. Era vivaracha y pudo hacer cursos de peluquería e incluso los de Bruno Boval. Ahora vive y trabaja clandestinamente en un pueblo de las sierras de Córdoba. Montó una peluquería y recibe en el garaje de su casa a turistas en busca de color local, a los intendentes sucesivos, municipales varios, policías, chicos, *travas* de Huerta Grande, *homos* de La Higuera, agentes fiscales de recaudación nacional y provincial, mujeres de todo pelaje. Nadie como ella para el recorte del bigote, se le reconoce. En el fondo de la casa tiene un corral. Se desvela por las gallinas y su cría. Desprecia algunas convenciones nativas que cuando las ven cluecas las bañan durante algunos días para sacarles la temperatura y dejen de empollar. Todo para que vuelvan a seguir siendo ponedoras, como si estuvieran enfermas de la fiebre de las aves en celo. Le pertenece y cumple como corresponde con su actual marido. Además, le

corta el pelo, lo tiñe, lo peina. Dobla en edad a la Evita que fue y a la que nunca llegó a conocer. Aunque no lo sepa el tiempo del país fluye en ella y seguirá después engañador con las modas del peinado. Y la memoria se le mantiene fiel: las tardes de sol en Entre Ríos, la inglesa, los milicos, los bigotes del intendente, las gallinas calentonas, su marido, las tertulias con amigas en Palermo, la foto del soldado que aquella noche la llevó a bailar, la hizo feliz, la olvidó para siempre.

*

Cuando la clandestinidad del fuego de los encuentros los detiene en el tiempo de la primavera y los vuelve los novios juveniles que fueron, acrecientan hasta el exceso encuentros, cafés y aledaños, confesiones. Todo muy civilizado y moderno. Ella aporta inexcusablemente la mitad del costo del tiempo temporario en el que juntos se vuelven uno, apartados del mundo. Viven con gusto las variaciones infi-

nititas de la pena rutinaria de sus vidas emparejadas, cada una por su lado. Se alumbran en palabras e invenciones que asoman con fuerza. Hay un momento en el que tienen que definir ese brote de una relación apasionada y sin disciplina, crecida en intensidades. Se ovillan, se urden, se inventan un infinito nuevo en medio del aislamiento de la sierras cordobesas, a orillas del río, los guijarros y las cascadas. Sin necesidades económicas, se vacían en el otro, sin advertir que los retoños de los días se van secando al sol de los días repetidos, alejándolos de los centros del deseo. Ahora, rotos los puentes con el pasado, siguen juntos por inercia, y se lo ocultan. Se saben bastante deshabitados, como siempre. Los tics, la costumbre, el vaciado de la novedad, las palabras en espejo, los van gastando. Delante de ellos está el invierno y apunta como muy frío.

Cuando comprobó que era vana la espera, después de muchos rodeos, decidió que volvería en busca del tiempo perdido al *bingo*, el comienzo de su mejor relación. Pero los cartones le eran esquivos y lo consideró razonable. Entonces eligió frecuentar grupos de autoayuda: de nostálgicos, de infelices, de memoriosos. Escuchó voces apagadas por la pena, pero ninguna que perfumara a yuyo del suburbio como la de ella, su Malena.

Mientras la ve alejarse de su vida en palabras que se le notan largamente preparadas, a él le crece la congoja en la mirada. Ahora anda por la vida con los ojos cargados, lo que le modifica la visión acerca de las relaciones humanas, colma de dudas su visión de la geometría euclidiana, satura de celos sus certezas sobre las especificaciones de la construcción de aeropuertos y la situación patrimonial de Argentino Juniors. Ella, en las horas de soledad, no ha pasa-

do día sin que deje de corporizar su ausencia: cuando prepara la ensalada para la noche, se baña, toma un té solitario, come un bombón, organiza la cena, escribe en la computadora, se acuesta en la pena distanciada de su cama camera.

Lee: *Tengo que endulzar la herida que mis observaciones sobre tu escritura te deben haber provocado.* Lee: *Estuve mucho tiempo midiendo y pensando cada palabra.* Lee: *Qué suerte que nos vemos hoy.* La espera entre demoradas nubes de humo y jazmines inútiles. Ella nunca llega, nunca responde a llamados, nunca más se deja ver. Él encauza la pena, aprovecha las críticas, mejora sensiblemente su escritura. Además, deja de fumar.

Había dejado de leer a Miguel Hernández. Primero fueron los sonetos. Después la *Elegía* a la muerte de Ramón Sijé, bastante antes de que sucediera lo que a veces se intu-

ye cuando pasa. Lo cierto fue que ella se enteró. Entonces programó la hora de llegada, justo el momento en el que los preparativos de la salida le permitieran arrinconarse y mirar sin que la vieran. Sin embargo, una mujer joven la reconoció enseguida. Se desprendió de un grupo, como quien no quiere la cosa. Sos vos, le dijo. Sí, soy yo, tenía curiosidad por verte el aleteo de los ojos, no era para tanto, se desilusionó. Puso la sonrisa en automático. No quiso explicarle que sólo él lo veía, que su mirada volaba únicamente cuando él la miraba. Después se volvió a cuidar su castillo de naipes, resguardado de vientos. Se fue rumiando que se le cerraba un mundo, que había elegido el silencio, que ya no tendría nunca con quien hablar, que ni despedirse pudo, que ahora sí le escribiría día a día todo cuanto no se había animado. Para mantenerle abierta la cuenta de *yahoo*, pensó, para terminar de vaciarse la pena, se dijo.

Le pasa siempre, pero no con todos, y eso es lo malo. Lo sabe: ella lo desordena y le provoca choques con la realidad, que además le es esquivada. Cuando no contrastan cara a cara, puede armarla y desarmarla a gusto, crear diálogos, remachar escenas, alterar sucedidos. Los riesgos son copiosos y no los desconoce, al contrario. Se fuerza entonces a confrontarla. Acuerdan en verse. Frente a frente, café de por medio, ella es la zarza ardiendo. Lo atrapa con su mirada, lo inflama con su andar, fulgura, ilumina, luce, relativamente ajena a los resultados que provoca. Y sin embargo, como si nada, hablan y se cuentan. A él le quedan siempre ganas de más, y aunque disimula la pena que le provoca separarse, se va. Ahora tiene escenarios nuevos donde recordarla, idearla. Sobrehila palabras, cose pliegues, zurce huecos. Demora deseos, difiere caricias. *Efectos retardados*, piensa mientras la escribe.

*

A los dieciséis paseó perros por el parque Centenario. Simpática, agrupaba una jauría mansa que manejaba a silbidos, ataba las correas a las rejas y dejaba fluir eternamente el tiempo. Quién sabe qué le habrían metido en la cabeza en el secundario. *Así no voy a hacer la revolución*, se decía. La plata siempre le fue escasa y ya más grande empezó a ventilar viejos por el mismo parque con la misma técnica de amarre y chiflido que empleaba para la perrada. Había empezado a estudiar Psicología, que después terminó, y podía mantener conversaciones cómplices con la gente que le encomendaba a sus seres queridos. Juntaba cuatro o cinco, los encorreaba a las rejas y se sentaba en algún cantero a pensar. *Así no voy a hacer la revolución*, suspiraba, estaba segura. En simultáneo y no se sabe cómo, se recibió de Socióloga. Ahora tiene algunos pocos pacientes, trabaja *free lance* haciendo encuestas para una consultora que averigua usos y costumbres de compras de

jabón de lavar de las amas de casa, se maridó con un desgraciado al que le es moderadamente infiel, se prometió leer a Andrés Rivera. Por ahora, permanece apegada a *Página 12*.

*

A la mujer la mente le *se le escurre* en la obediencia de las horas. Tropieza con las palabras, repite una y otra vez historias que cambia en detalles. Las hermanas se la intercambian para padecerla menos y respiran cuando no la tienen. El tiempo lo miden también en fechas de espera, en las listas que se confeccionan y en las que en primer lugar figura la pena del geriátrico, ese desierto de soledad, la previa de la muerte. Una de las dos hermanas, la mayor, reta a la madre, trata de encarrilarla por la lógica de las ideas, se enoja por la inutilidad del esfuerzo. La otra la deja hablar y hablar. Escucha salpicado, asiente con una sonrisa mecánica y nada la conmueve demasiado. Su padre ha muerto hace un par

de años, ya muy grande. Y sin embargo la madre lo mató joven, a los cuarenta y dos, en la época en la que se le fue el amor por él, el tiempo de la vida. Cuando está lúcida, hunde su memoria en el mapa de su deseo, pero no canta. Marcada por la piel, busca en el baldío del hoy senderos de arena, verano, lunas llenas. Acaricia la soledad en sus dientes. La más chica nació después del amor muerto, ajena a él y hay que ver cómo la quiso.

*

Nosotros somos seis hermanos y todos grandes. Se murió uno, el mayor. A partir del hecho, hacemos cálculos, nos la pasamos buscando un patrón que nos justifique un orden de partida. La fácil es creer que el orden es decreciente, pero nada lo asegura. ¿El orden será impar en principio, 3, 5? ¿Par, 2, 4, 6, quebrado 3, 4, 6, lineal, 2,3,4,5,6? ¿O el azar será el que nos obligue a reajustes permanentes de las conjeturas? ¿Nos afirmaremos en las seguridades personales,

o nos la pasaremos tratando de escapar de las supuestas seguridades? Buscamos estadísticas, curvas matemáticas, huellas azarosas, preeminencias de lo alternativo o lo variado, vigilamos los estados de salud, las visitas, las caídas de amigos o conocidos abatidos como bolos, estudiamos los contagios, indagamos en señales, signos, consultamos religiosos de iglesias varias, universales o cósmicas, pastores mediáticos, repetimos frases hechas, lugares comunes, el zodiaco y nada. Todo el tiempo cuerpéándole la vida a la muerte. Y ahora esto, por qué.

*

Hay cosas peores, explica en voz alta la camarera mientras atiende en la confitería a dos mujeres de edad que celebran la hora del té y lamentan la caída de una de las tazas. Las tres buscan en su interioridad las *cosas peores* que les pudieran haber sucedido: una señora, piensa en las caricias

perdidas: la otra, en el desvío de un camino que no se atrevió a recorrer. La muchacha no puede evitar separar en sílabas las palabras de la frase que acaba de pronunciar. Lo hace con todo lo que oye, los pedidos, la letra de una canción. Es la manera que tiene de sostener su vida. Ahora las cuenta. Le da seis. Si fuera impar, lo sabe, *bingo*. Es par y ahora una maldición caerá sobre ella. Piensa en la advertencia que ya conoce y se preocupa. Se ve en la pena de la taza, con el *mango* partido como ella, que todavía sirve.

*

Tiene ochenta y cuatro años y una pena. En el salón, fuma un puro, revisa papeles, analiza gráficos, presta el oído atento a tres arquitectos que se buscan en palabras que todavía no les pertenecen. Lo reconoce: por las noches, habla solo. Su mujer ha muerto, ya no lo escucha y él no acepta comentarios constructivos.

AMOR NIÑO
POR
JÉSSICA SESSAREGO

Miguelín era lo que se dice un chiquito menudo. De tez color arcilla seca, de ojos como ojales de un saco gigantesco y con los dientes que amarilleaban pero tenían una contextura perfecta, llamaba al abrazo el Miguelín. Se sentaba en las veredas a mirar pasar los caballos y bebía a sorbitos el aire de su tierra guardado en una bolsa. Marta se estaba de pie.

Tocándose un hombro magullado, Miguelín dijo:

—Hace mucho que no me pegás.

Cediendo, como siempre, por cansancio, Marta le dio un ligero puntapié. Algunos corceles verdes le cosquillearon la nuca con las crines de arco iris. Hubo un resplandor, a lo lejos.

—Sabés, Miguel... esto se está tornando complicado.

—¿Por qué?

—Me vino a ver mi viejo, ayer.

—¿Otra vez?

—Sí.

Silencio negro del que induce el miedo. Ambos sabían el significado de las palabras. Sabían el misterio de las cosas oculto en locuciones falaces. Ambos temían la verdad, que era demasiado inmensa.

—¿Y ellos qué le dijeron?

—Que ahora estaban seguros. Que estoy sana.

—Muy complicado se está tornando.

—Sí.

—Pegame otra vez. Así cuando vea el moretón, te recuerdo.

—Tarado. Cómo te vas a olvidar de mí.

Y entró a remorderle a Marta el pie que no golpeaba. Complicado, muy complicado se había tornado. Ya no tendría al Miguelín ahí, la almohada niño. Ya no habría corceles. Una lástima.

Dio el puntapié.

El mundo adulto era tan absurdo como para que no hubiera niños en él; ni corceles, por supuesto. No quería irse de allí. Pero por muchos pisotones que diera en el suelo, la puerta se le abría.

—Vas a estar sola.

—Sí.

—¿Querés que te acompañe? Sabés que puedo. Yo fui siempre el mismo y, en la época en que quise fingir, me te-

nían entre ellos sin inconveniente. Puedo repetir la experiencia.

—Migue, no digas tonteras. Sé realista: la felicidad está de este lado... no soy egoísta. Mirá, me lo tenés que prometer. Prometeme que te vas a quedar acá y vas a ser feliz.

—Te lo prometo, Martita. Pero visitas, visitas sí, ¿no?

—Eso sí. Voy a venir.

—Este hombrito va a estar esperándote.

Marta rió con la risa lúcida de los que guardan esperanza. Estaba llegando el padre con los médicos. La tomaron del brazo como a una adulta: no hubo presión ni forcejeos. Los ojos de Miguelín, como dos sonrisas, fue lo último que vio en el hospital psiquiátrico.

EL BOLÍGRAFO
POR
RODOLFO MODERN

Soy uno de tantos, y como tal ha caído sobre mí el destino de tantos. Recién salido de la fábrica donde se produce y reproducen a millones de mis congéneres (ningún padre o madre podría lógicamente hacerse cargo de los innumerables bolígrafos que somos), fui acomodado con una docena de mis semejantes en una caja de cartón, donde pasé un tiempo en pláticas amables con los demás bolígrafos. Nuestras necesidades materiales eran ínfimas, y la recorrida por los anaqueles de la librería que nos había acogido se realizó en condiciones satisfactorias. Charlábamos acerca del clima, algo sofocante en el interior de la caja, de los plásticos de que estábamos hechos, de las manos humanas que nos trasladaban de un sitio a otro, de nuestra añoranza por una fa-

milia que jamás tendríamos, de cosas variadas y de relativa importancia. También, de las tintas de diferentes colores que circulaban por nuestros tubos, azul, negra, verde o roja. A mí me tocó la roja. En los ratos de ocio, que no fueron muchos porque nuestra marca era muy solicitada debido a su bajo precio, pensábamos. Quizás en el ser y en el tiempo, quizás en la existencia que termina por hermanar las cosas con los hombres, mujeres y niños. Y todos ansiábamos, pues para eso estábamos destinados, ser útiles a las distintas comunidades de escribientes que, tarde o temprano, solicitarían nuestros servicios. Servir, y del mejor modo posible, era nuestra divisa. Y en cada uno de nosotros surgía, a pesar de la fabricación en serie, algún ras-

go individual. A mí me tocó el de observador.

En pocos días, se fue agotando el contenido de la caja. Y yo, el último que quedaba, fui adquirido por unos pocos centavos por el contador Edelmiro Fagúndez. El contador Fagúndez, parlanchín y desprolijo en su atuendo, no carecía de facundia. A su escritorio concurrían personajes pintorescos y seres aparentemente normales, según pude ir apreciando con el correr de las horas de oficina, y la tensión de las distintas visitas acrecentaba mi interés por las actividades que se desarrollaban ante mi vista y oídos. Pero las variadas citas tenían una sola finalidad, cómo proceder para abonar la menor cantidad posible de los impuestos reclamados que, según testimonios más o menos veraces, un gobierno voraz imponía a la mayor parte de los ciudadanos del país, gobierno al cual los presentes mencionaban siempre con circunloquios, y esquivaban así su identidad verdadera, reemplazada por giros

como «estos ladrones» o «estos chupasangre»; y a estar a sus dichos, si los pagaban rectamente este hecho los dejaría en la más abjecta miseria. En este sentido, las opiniones eran unánimes. Para compensar, las tretas, artilugios, chicanas y maniobras al borde del código penal, a cargo del contador Fagúndez, alcanzaban los límites de lo sublime.

Vaya para el caso, a modo de ejemplo, el del doctor Gervasio Protasio Barroso, un abogado de nota acostumbrado a sustraer de los brazos de la justicia a pillos de cuello duro (muy relacionados, eso sí) y habituado a gambetear con eficacia a los poderosos de turno, que cambiaban de nombre pero siempre eran los mismos. Fagúndez escuchaba con una paciencia infinita a sus interlocutores, me tomaba sin delicadeza alguna entre sus dedos cortos, toscos y velludos y luego escribía frases y hacía números a una velocidad impresionante. A continuación, ofrecía al cliente el resumen de sus arterias, que este, agra-

decido, guardaba en el interior de su saco. Y se retiraba hecho unas pascuas, muy contento por cierto.

Un día, el mismo Barroso, que había estado leyendo un auto de procesamiento que le atañía y perjudicaba sus intereses, en un exceso de cólera, dado su conducta exterior de caballero, mientras Fagúndez hacía sus cálculos ilegítimos, me apresó y me arrojó con furia contra la pared. Caí en un rincón y el peón de limpieza del turno noche, creyendo que yo estaba ya desahuciado me tiró al canasto de los papeles. Vaciado luego el recipiente en una bolsa enorme que contenía los restos inútiles de todo el edificio, fui recogido esa misma noche por una familia de cartoneros, que me depositó con cierto cuidado en otra bolsa destinada a llevar objetos especiales. por más que yo no me considerara especial en ningún sentido, el gesto me llenó de orgullo, más cuando un chico de siete años, integrante del grupo gritó: «Este es

mío, me lo quedo», y me guardó en su bolsillo.

Esta familia, me di cuenta enseguida, se sostenía precariamente. Tras un viaje agotador en tren y la mísera venta de lo que traían, me llevaron a su casa, una construcción hecha de chapas y cartones, donde en un espacio único se hacinaban padre, madre y dos criaturas. Inmediatamente, esa misma noche, quien se había apropiado de mí tomó una hoja sucia de papel, muy arrugada, trazó algunos garabatos y dijo: «Mirá papá, sirve», suponiendo que aludía a mi persona y no al papel. El chico apenas si sabía trazar algunas letras, pero tenía habilidad para el dibujo, según me pareció. Y valiéndose de mi tinta roja hacía unas figuras que, además de reconocibles, no carecían de significación. Luego cayó dormido, se levantó más bien tarde, se vistió con los harapos de todos los días y estuvo dibujando el resto de la jornada, hasta que la tardecita lo llamó al trabajo. Ignoro el tiempo que permanecí en ese

sitio, donde sólo se comían fideos y se tomaba mate, pero un día el chico, que se llamaba Manuel y me trataba bien, puesto que yo era su único juguete, me extravió en uno de sus viajes al centro, y yo no pude entonces reunirme más con él y formar parte de sus dibujos, lo que lamenté.

Anduve unas jornadas tirado por la calle, desesperado por no poder ser útil a nadie, pero al cabo un hombre de mediana edad, que miraba al suelo, advirtió mi presencia y me recogió. Sentí entonces algo así como una oleada de gratitud que circulaba entre mis extremos porque al fin podría seguir viviendo. Y grande fue mi sorpresa cuando subió conmigo a un colectivo, me encerró en una caja y, tras acomodarse, fue ofreciendo con voz estentórea al público sentado, que en su mayoría miraba por la ventanilla, y por un monto ridículo a mi entender, una linterna con pilas, un encendedor, una lupa, y un bolígrafo, que era justamente yo, que ya había sido extraído de

la caja. Cuando pasó a cobrar, muy pocos de los ocupantes del vehículo se dignaron a adquirir esas gangas. Pero apareció una mujer joven, bien vestida, y en pocos segundos la linterna con pilas, el encendedor, la lupa y el bolígrafo cambiaron de poseedor. Yo estaba legítimamente emocionado, y también algo preocupado. ¿Qué sería de mí ahora?, me preguntaba. Cuadras más adelante descendieron el vendedor y la dama en un barrio residencial y arbolado. Y luego la señora tocó el timbre de una casa de dos plantas y salió a recibirla una mucama con cofia. Ambas ingresaron a una sala espaciosa, lujosamente alfombrada, y la señora se dirigió a quien parecía su marido, un hombre de edad mediana, en una silla de ruedas, víctima, seguramente, de un ataque apopléjico o de una caída, eso nunca lo supe con certeza. Se trataba, me enteré por ciertas conversaciones, de un escritor renombrado que sólo podía mover los brazos y que, para resistir el ocio impuesto

por las circunstancias, estaba escribiendo una nueva novela, lo que le impedía a ratos pensar en el estado de inmovilidad al que estaba condenado sin remedio. Tras un saludo afectuoso, la señora abrió la caja con los objetos recién comprados. La linterna y el encendedor no funcionaron, lo que era de prever, pero el bolígrafo, que era yo, sí. El señor, que según me enteré respondía al nombre de Olindo del Corro y era descendiente, según unos retratos que colgaban de las paredes, de militares, me tomó cariño, no obstante ser poseedor de varias y costosas plumas fuente. Mi tinta roja lo tenía embelesado y creía que de ese modo escribiría con nitidez y elegancia, al parecer sus ideales literarios. No estoy en situación de juzgar si pudieron cumplirse, dada mi escasa educación, pero cuando la tuvo terminada y se publicó en una edición de lujo, la novela se convirtió en un éxito.

Críticos y periodistas de la televisión lo asediaron, pero él

contestaba inveteradamente que el suceso, si es que lo había, se debía en lo principal al uso de su bolígrafo de tinta roja al que atribuyó un carácter mágico. También yo, sentí un orgullo renovado por haberlo servido con tanta fidelidad, pero ese orgullo me fue fatal porque desbordé y el resto de tinta fue a parar a una mesita taraceada que se arruinó sin más. Tampoco a mí pudieron arreglarme, y fui abandonando en un cajón lleno de cosas inútiles. Entonces el escritor, mi amo, dejó de escribir y se preparó para abandonar este mundo de pronóstico incierto.

En cuanto a mí, mientras un polvillo casi invisible va penetrando en el cajón y terminando de arruinar lo que allí alberga, no dejo de pensar que durante mi ciclo vital serví con todo empeño y lealtad a mis sucesivos señores y que, en consecuencia, cuando llegue mi hora, que no tardará, mi último pensamiento será de una profunda satisfacción ante el deber cumplido.